

PQ 2167

119

SG

LA MUSA

DEL DEPARTAMENTO



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CERVO DE LITERATURA



10806

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA MUSA DEL DEPARTAMENTO

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

AL CONDE DON FERNANDO DE GRAMONT

Mi querido Fernando: Si los azares del mundo literario (*habent sua fata libelli*) contrubuyen á que estas líneas sean recordadas por muchos años, ciertamente que será insignificante el premio si se compara con las grandes molestias que se toma usted, que es el Hozier, e Cherin, el Rey de armas de los *Estudios de costumbres*; y el que dotó de hermosas divisas y de notables escudos de armas á los Navarreins, á los Cadignón, á los Langoais, á los Blamont-Chauvry, á los Chaulieu, á los Arthoz, á los Egrignón, á los Mortsauf, á los Valois, en una palabra, á las cien casas nobles que forman la aristocracia de la *Comedia Humana*. Las *Armas y Blasones de los Estudios de costumbres*, inventados por el hidalgo Fernando de Gramont, son una historia completa del blasón francés, donde nada ha olvidado usted, ni aun las armas del Imperio, y que yo conservaré como monumento de paciencia benedictina y de amistad. ¡Qué conocimiento del antiguo lenguaje feudal en el *Pulchre sedens, melius agens!* de Bauseant, en el *Des partem leonis!* de los Espard, y en el *Ne sevend!* de los Vandensso! en fin, qué primor de lindesa en los mil detalles de esa sabia iconografía que demostrará hasta dónde ha sido llevada la fidelidad en una empresa, á la que usted, poeta, habrá contribuido, ayudando

A su antiguo amigo,

DE BALZAC.

En los límites del Berry, á orillas del Loira, existe una villa que, por su situación, atrae infaliblemente las miradas del viajero. Sancerre ocupa el punto culminante de una cadena de pequeñas montañas, última ondulación de los accidentados del terreno del Nivernais. El Loira inunda el pie de estas colinas depositando un lino amarillo que las fertiliza, cuando no las enarena para siempre mediante una de esas avenidas tan propias del Vistula, que es el Loira del Norte. La montaña en cuya cima están agrupadas las casas de Sancerre, está bastante dis-

tante del río para que el puertecito de Saint-Thibault pueda vivir de la vida de Sancerre. Allí se embarcan los vinos, se desembarcan las dueñas, en una palabra, todos los productos del Loira alto y bajo. En la época en que ocurrió esta historia, el puente de Cosne y el de Saint-Thibault, dos puentes colgantes, estaban ya contruidos, y, por lo tanto, los viajeros que iban de París á Sancerre por la carretera de Italia no necesitaban recorrer el Loira de Cosne á Saint-Thibault en barca; lo cual bastará para haceros saber que la contradanza de 1830 había tenido lugar, pues la casa de Orleans halagó en todas partes los intereses materiales, obrando en esto como esos maridos que hacen regalos á sus mujeres con el dinero de la dote.

Excepto la parte de Sancerre que ocupa la meseta, las calles tienen más ó menos pendiente, y la villa está rodeada de murallas cuyas puertas os son indicadas claramente por las carreteras de la villa. Extramuros de esta ciudad se extiende un inmenso viñedo. El vino constituye la principal industria y comercio de este país, que posee varios terrenos de vinos generosos bastante semejantes á los productos de Borgoña, para que los paladares vulgares de París los confundan con ellos. Sancerre encuentra, pues, en las tabernas parisienses un rápido consumo, bastante necesario, por otra parte, á vinos que no pueden conservarse más de siete ú ocho años. En torno de la villa tienen asiento algunas aldeas como Fontenay y Saint-Satur, que parecen arrabales, y cuya situación recuerda los alegres viñedos de Neuchatel en Suiza. La villa

ha conservado algunos rasgos de su antigua fisonomía, y sus calles son estrechas y están empedradas con pedruscos cogidos á orillas del Loira. Aún se ven allí algunas casas antiguas. La torre, aquel resto de la fuerza militar y de la época feudal, recuerda uno de los sitios más terribles de nuestras guerras religiosas, durante el cual nuestros calvinistas superaron á los ariscos cameronianos de Walter Scott. La villa de Sancerre, que cuenta con un pasado ilustre y que es hoy viuda de su poder militar, está en cierto modo llamada á tener un porvenir infértil, toda vez que el movimiento comercial pertenece á la orilla derecha del Loira. La rápida descripción que acabáis de leer prueba que el aislamiento de Sancerre irá creciendo, á pesar de los dos puentes que lo unen á Cosne. Sancerre, orgullo de la orilla izquierda, tiene á lo sumo dos mil quinientas almas, mientras que Cosne posee hoy más de seis mil. De medio siglo á esta parte el papel de estas dos villas situadas una enfrente de la otra, ha cambiado por completo. Sin embargo, la ventaja de situación pertenece á la villa histórica, que ofrece encantadores panoramas, que goza de admirable pureza y de magnífica vegetación y donde los habitantes, en armonía con aquella risueña naturaleza, son afables, buenos amigos y transigentes, sin embargo de que las dos terceras partes de la población sigan siendo calvinistas. Dado su especial modo de ser, si existen allí los inconvenientes de la vida de todo pueblo pequeño y si se encuentra uno siempre bajo esa oficiosa vigilancia que hace que la vida privada sea casi pública, en cambio el

patriotismo de localidad, que no reemplazará nunca al espíritu de familia, se despliega allí en alto grado. Así es que la villa de Sancerre está orgullosa de haber dado vida á una de las glorias de la medicina moderna, á Horacio Bianchón, y á un autor de segundo orden y folletista distinguido como Esteban Lousteau. El distrito de Sancerre, enojado de verse sometido á siete ú ocho grandes propietarios, intentó sacudir este yugo. Esta conjuración de algunos amores propios heridos abortó á causa de la envidia que causaba á los coaligados el futuro engrandecimiento de uno de los conspiradores. Cuando los resultados demostraron el vicio radical de la empresa, se quiso remediarlo tomando por campeón del país en las próximas elecciones á uno de los dos hombres que tan gloriosamente representan á Sancerre en París.

Esta idea era sumamente avanzada para la provincia, donde, desde 1830, el nombramiento de los caciques ha hecho tales progresos, que los hombres de Estado son cada vez más raros en la cámara electiva; pero hemos de advertir que este proyecto, de realización bastante hipotética, fué concebido por la mujer superior del distrito, *dux femina facti*, si bien movida por interés personal. Aquel pensamiento estaba tan unido al pasado de aquella mujer y de tal modo abarcaba su porvenir, que sin un sucinto relato de su vida anterior difícilmente se comprendería. Sancerre se enorgullecía entonces de una mujer superior, ignorada largo tiempo, pero que, hacia el año 1836, gozaba ya de bastante nombradía en toda la comarca. Por esta misma época fué también

cuando los nombres de los dos sancerreses alcanzaron en París, cada uno en su esfera, el más alto grado, el uno de gloria y el otro de moda. Esteban Lousteau, colaborador de una revista, firmaba el folletín de un periódico que contaba ocho mil suscriptores, y Bianchón, primer médico de un hospital, oficial de la Legión de honor y miembro de la Academia de Ciencias, acababa de obtener su cátedra. Tan cierto es que, moralmente hablando, el bien va casi siempre acompañado de un mal, que si esta palabra no implicase para muchas gentes una especie de reprobación, podría decirse que Jorge Sand creó el *sandismo*. Esta lepra sentimental ha corrompido á muchas mujeres que, sin sus pretensiones al genio, hubiesen sido encantadoras. Sin embargo, el *sandismo* tiene la ventaja de que la mujer que está atacada de él, aplicando sus pretendidas superioridades á sentimientos desconocidos, constituye en cierto modo la aristocracia del corazón, pues el amor, neutralizando un poco á la literatura, resulta menos aburrido. Por otra parte, la ilustración de Jorge Sand tuvo como principal efecto el hacer reconocer que Francia posee un número exorbitante de mujeres superiores, bastante generosas para dejar el campo libre á la nieta del mariscal de Saxe. La mujer superior de Sancerre vivía en La Baudraye, casa de pueblo á la vez que de campo, situada á diez minutos de la villa, en la aldea, ó si queréis, en el arrabal de Saint-Satur. Como ha ocurrido con muchas casas nobles, los La Baudraye de hoy sustituyeron á los La Baudraye cuyo nombre brilla en las cruzadas mezclado con los gran

des acontecimientos de la historia. Esto exige una explicación.

Bajo el reinado de Luis XIV, un cierto regidor llamado Milaud, cuyos antepasados habían sido acérrimos calvinistas, se convirtió cuando la revocación del edicto de Nantes. Para animar este movimiento en uno de los santuarios del calvinismo, el rey nombró á este Milaud para un puesto elevado y le dió las armas y el título de señor de La Baudraye, legándole el feudo de los verdaderos y antiguos La Baudraye. Los herederos del famoso capitán La Baudraye cayeron ¡ay de mí! en uno de los lazos tendidos á los herejes y fueron ahorcados, tratamiento indigno del gran rey. Bajo el reinado de Luis XV, Milaud de La Baudraye, de simple escudero pasó á ser caballero, y tuvo bastante influencia para colocar á su hijo de abanderado en los mosqueteros. El abanderado murió en Fontenay, dejando un hijo al que el rey Luis XVI concedió más tarde un privilegio de cortijero general, como premio á la memoria del abanderado muerto en el campo de batalla.

Este hacendista, hombre despejado que se ocupó constantemente en sacar charadas y hacer versos de pie forzado, vivió en la opulencia, frecuentó la sociedad del duque de Nivernois, y se creyó obligado á seguir á la nobleza en su destierro. Pero tuvo buen cuidado de llevarse su fortuna, y gracias á esto fué el sostén de más de una casa noble. Cansado de esperar, y sin duda también de prestar, el emigrado volvió á Sancerre en 1800, y rescató á La Baudraye, llevado de un sentimiento de amor propio y de va-

nidad nobiliaria, explicable en el nieto de un regidor que bajo el Consulado tenía tanto menos porvenir cuanto que el ex cortijero general tenía poca confianza en su heredero para continuar la nueva generación de los La Baudraye. En efecto, Juan Atanasio Polidoro Milaud de La Baudraye, único hijo del hacendista, raquítico de nacimiento, era el verdadero fruto de una sangre agotada prematuramente con los placeres exagerados á que se entregan todas las gentes ricas que se casan al empezar la aurora de una vejez anticipada, y que acaban de este modo por bastardear las noblezas sociales. Durante la emigración, la señora de La Baudraye, joven sin fortuna, y que se había casado gracias á su nobleza, había tenido la paciencia de educar á aquel niño amarillo y enfermizo, por el cual sentía ella ese amor excesivo que las madres sienten por todos los hijos desgraciados. La muerte de esta mujer, perteneciente á la familia de Casteran La Tour, contribuyó mucho á que el señor de La Baudraye volviese á Francia. Este Lúculo de los Milaud murió legando á su hijo el feudo alodial, mil luises de oro, suma bastante considerable en 1802, y sus créditos originados de préstamos hechos á los más ilustres emigrados, y anotados en la cartera de sus poesías con esta inscripción: *¡Vanitas vanitatum et omnia vanitas!* Si el joven La Baudraye vivió, lo debió á sus costumbres de regularidad monástica, á esa economía de movimiento que Fontenelle predicaba como religión de los valetudinarios, y sobre todo al aire de Sancerre y á la influencia de este admirable paisaje, desde el cual se ve un panorama

de cuarenta leguas en el valle del Loira. Desde 1802 á 1815, el pequeño La Baudraye aumentó su ex feudo con varios cercados, y se dedicó con ahinco á la cultura de sus viñas. En un principio, la Restauración le pareció tan vacilante, que no se atrevió á ir frecuentemente á París á reclamar sus créditos; pero después de la muerte de Napoleón procuró reducir á moneda los poemas de su padre, pues él no comprendió la profunda filosofía que encerraba aquella mezcla de créditos y charadas. El viñero perdió tanto tiempo en hacerse reconocer por los señores duques de Navarreins y otros, como él decía, que se volvió á Sancerre llamado por sus queridas viñas, sin haber obtenido más que halagüeñas ofertas. La Restauración dió bastante lustre á la nobleza para que La Baudraye desease dar objetivo á su ambición procurándose un heredero. Este beneficio conyugal le parecía bastante problemático, pues de otro modo no hubiera tardado tanto en perseguirlo; pero á fines de 1823, viéndose aun vivo á los cuarenta y tres años, edad que ningún sabio, astrólogo, ni comadrona se hubiese atrevido á predecirle, esperó obtener la recompensa de su obligada virtud. No obstante, su elección, dada su constitución raquítica, demostró tan gran falta de prudencia, que la malicia provinciana no pudo menos de ver en ella un profundo cálculo.

Por esta época, Su Eminencia el señor arzobispo de Bourges acababa de convertir al catolicismo á una joven que pertenecía á una de aquellas familias acomodadas que fueron el primer apoyo del calvinismo, y que, gracias á su posición obscura ó á sus arreglos con el cielo, lo-

graron escapar de las persecuciones de Luis XIV. De artesanos que eran en el siglo xvi, los Piedefers, cuyo nombre indica uno de esos extravagantes apodos que se dieron los soldados de la reforma, habían pasado á ser honrados comerciantes en telas. Bajo el reinado de Luis XVI, le fueron tan mal los negocios á Abraham Piedefer, que hacia 1796, época de su muerte, dejó á sus dos hijos en situación fronteriza á la miseria. Uno de éstos, Tobías Piedefer, se fué á las Indias, cediendo su módica herencia á su hermano mayor. Durante la revolución, Moisés Piedefer compró bienes nacionales, derribó abadías é iglesias, á imitación de sus antepasados, y se casó, ¡cosa rara! con una católica, hija única de un convencional muerto en el patíbulo. Este ambicioso Piedefer murió en 1819, dejando á su mujer una fortuna comprometida en especulaciones agrícolas, y una hija de doce años dotada de sorprendente belleza. Educada en la religión calvinista, esta niña llevaba por nombre Dinah, obedeciendo á esa costumbre en virtud de la cual los protestantes tomaban sus nombres de la Biblia para no tener nada de común con los santos de la Iglesia romana. La señorita Dinah Piedefer, puesta por su madre en uno de los mejores colegios de Bourges, en el de las señoritas Chamarolles, llegó allí á hacerse tan célebre por su talento, como por su belleza; pero se vió ensalzada por jóvenes nobles y ricas que debían desempeñar más tarde en el mundo un papel mucho más importante que el de una plebeya cuya madre esperaba los resultados de la liquidación Piedefer. Después de haber sabido ele-

vase momentáneamente sobre sus compañeras, Dinah quiso ponerse á su mismo nivel en la vida, y al efecto imaginó abjurar del calvinismo, esperando que el cardenal protegería su conquista espiritual y se ocuparía de su porvenir. Podéis juzgar ya el talento de la señorita Dinah, que á la edad de diez y siete años se convertía únicamente por ambición. El arzobispo, imbuido por la idea de que Dinah Piedefer había de honrarle en el mundo, intentó casarla. Todas las familias á quienes se dirigió el prelado se asustaron ante una joven dotada de un porte de princesa, que pasaba por la más inteligente de las jóvenes educadas en casa de las señoritas de Chamarolles, y que en las solemnidades un poco teatrales de las distribuciones de premios desempeñaba siempre los primeros papeles. Mil escudos de renta que podía dar el dominio de La Hautoy, indiviso entre la hija y la madre, eran indudablemente poca cosa en comparación de los gastos que debían acarrear á un marido una esposa tan inteligente.

Tan pronto como el raquíto Polidoro supo estos detalles, que corrían de boca en boca por todo el departamento del Cher, se fué á Bourges en el momento en que la señora Piedefer estaba determinada, lo mismo que su hija, á apechugar con el primero que la pidiese en matrimonio. Si el cardenal se dió por muy satisfecho encontrando al señor de La Baudraye, éste se consideró muy feliz en aceptar una mujer proporcionada por el cardenal. El raquíto noble exigió de Su Eminencia la promesa formal de su protección cerca del presidente del Consejo,

á fin de hacer efectivos sus créditos de los duques de Navarreins y otros. Este medio pareció demasiado fuerte al hábil ministro del pabellón Marsán, y comunicó al viñero que se ocuparía de él en tiempo y lugar oportuno. Todo el mundo puede figurarse los comentarios que produjo en Sancerre el insensato matrimonio del señor de La Baudraye.

—La cosa se explica, dijo el presidente Boirouge. Según me han dicho, el señor de La Baudraye se ha sorprendido mucho de haber oído en el mallo al hermoso señor Milaud, el sustituto de Nevers, diciendo al señor de Clagny, al mismo tiempo que señalaba las torrecillas de La Baudraye: «—¡Eso llegará á ser mio!— ¿Quién sabe? respondió nuestro fiscal.—Ese hombre puede casarse y tener hijos.—¡Ca! ¡sí no puede casarse!» Ya comprenderán ustedes el odio que el raquíto La Baudraye debió sentir por ese señor Milaud al oír estas palabras.

Existía en Nevers una rama plebeya de los Milaud que se había enriquecido bastante con el comercio de la cuchillería para que su último representante hubiera podido entrar en la magistratura, donde fué protegido por el difunto Marchangy.

Sin duda conviene revelar la historia de los bienes é intereses materiales de que se ocupaba exclusivamente el señor de La Baudraye, contando con brevedad los resultados de sus negociaciones en París. Por otra parte, esto explicará varias partes misteriosas de la historia contemporánea y las dificultades subyacentes que contraban los ministros durante la Restauración

en el terreno político. Las promesas ministeriales dieron tan poco resultado, que el señor de La Baudraye se trasladó á París en el momento en que el cardenal fué llamado á la capital para las sesiones de Cortes. He aquí cómo salió del paso el duque de Navarreins, principal deudor amenazado por el señor de La Baudraye. El sancerrés vió llegar un día á la fonda de Mayence, situada en la calle de Saint-Honoré, cerca de la plaza de Vendome, donde se albergaba, á un confidente de los ministros que entendía en liquidaciones. Este elegante personaje salió de un hermoso cabriolé, y, vestido de la manera más elegante, se vió obligado á subir al número 37, es decir, al tercer piso, á un cuartito donde sorprendió al provinciano haciéndose una taza de café en el fuego de su propia chimenea.

—¿Es al señor de Milaud de La Baudraye á quien tengo el honor de...?

—Sí, respondió el hombrecito arrebuñándose en su bata.

Después de haber examinado aquel producto incestuoso de un antiguo gabán de la señora Piedefer y de una bata de la señora de La Baudraye, el negociante logró ver al hombre, la bata y el pequeño hornillo de tierra donde hervía la leche en una cacerola de porcelana, tan característico todo, que juzgó inútiles los cumplidos.

—Caballero, le dijo con audacia, apuesto á que está usted abonado á cubierto de dos pesetas en casa de Hurbain.

—Y ¿por qué?

—¡Oh! recuerdo haberle visto á usted allí, replicó el parisiense procurando conservar su

seriedad. Todos los acreedores de los príncipes viven allí. Ya sabe usted que de las deudas de los grandes señores apenas si se logra cobrar el diez por ciento... No le daría yo á usted un cinco por ciento por una deuda del difunto duque de Orleans, ó (bajó la voz) por otra del SEÑOR.

—Viene usted á comprarme mis deudas... dijo el viñero echándose las de largo.

—¡Comprar! dijo el negociante. ¿Por quién me toma usted? Yo soy el señor Lupeaulx, relator del consejo de Estado y secretario general del ministerio, y vengo á proponerle una transacción.

—¿Cuál?

—Caballero, ya sabe usted la situación de su deudor.

—De mis deudores...

—Bueno, ya conoce usted la situación de sus deudores, que si bien gozan del favor del rey, carecen de dinero y están obligados á sostener dignamente sus respectivas posiciones... Ya conoce usted las dificultades de la política: la aristocracia tiene que rehacerse luchando con un tercer estado formidable. El pensamiento del rey, que la generalidad de los franceses juzgan mal, es crear con la dignidad de par una institución nacional análoga á la de Inglaterra. Para realizar este gran pensamiento necesitamos algunos años y millones... Nobleza obliga, y el duque de Navarreins, que ya sabe usted que es el primer hidalgo de la cámara, no niega su deuda, pero no puede... (Sea usted razonable... Juzgue usted la política... Acabamos de salir del abismo de las revoluciones... ¡Usted tam-

bién es noble!) de modo que no puede pagarle.

—¡Caballero!

—Usted es hombre de mundo, le dijo Lupeaulx. Escuche usted. Él no puede pagarle á usted en dinero; pero siendo como es usted hombre de talento, cobre usted en favores reales ó ministeriales.

—¡Cómo! Después de haber dado mi padre en 1793 cien mil...

—Señor mío, no recrimine usted. Escuche una proposición de aritmética política: la recaudación de Sancerre está vacante, y un antiguo pagador general de los ejércitos tiene derecho á ella; pero éste no tiene influencias, mientras que usted no tiene derecho; pero tiene quien le apoye y puede lograr la recaudación. La ejerce usted durante tres meses, presenta su dimisión y el señor Gravier le dará á usted veinte mil francos. Además, será usted condecorado con la orden de la Legión de honor.

—Eso ya es algo, dijo el viñero, más animado por la suma que por la condecoración.

—Pero, repuso Lupeaulx, tiene que pagar las bondades de Su Excelencia entregando á Su Señoría el duque de Navarreins todos sus créditos.

El viñero volvió á Sancerre en su calidad de recaudador de contribuciones. Seis meses después fué reemplazado por el señor Gravier, que tenía fama de ser uno de los hombres más amables del Imperio, y que, como es natural, fué presentado por el señor de La Baudraye á su mujer. Tan pronto como dejó de ser recaudador, el señor de La Baudraye se fué á París á expli-

carse con sus demás deudores, y en esta ocasión fué nombrado refrendario, barón y oficial de la Legión de honor. Después de haber vendido el cargo de refrendario, el barón de La Baudraye hizo algunas visitas á sus últimos deudores, y volvió á Sancerre con el título de consejero de Estado agregado á una compañía anónima establecida en Nivernais, con el sueldo anual de seis mil francos, que resultaba una verdadera sinecura. El buen La Baudraye, que pasaba por haber hecho una locura, financieramente hablando, hizo, pues, un excelente negocio casándose. Gracias á su sordida economía y á las indemnizaciones que recibió por los bienes de su padre vendidos nacionalmente en 1793, el hombrecito realizó en 1827 el sueño de toda su vida. Dando cuatrocientos mil francos al contado y tomando préstamos que le condenaban á vivir estrechamente durante seis años, pudo comprar á orillas del Loira, dos leguas más allá de Sancerre, la tierra de Anzy, cuyo magnífico castillo, construido por Filiberto de Lorena, es objeto de justa admiración para los inteligentes, y que hacía quinientos años que pertenecía á la casa de Uxelles. El barón fué, pues, contado entre los grandes propietarios del país. No es cosa segura que la alegría causada por la fundación de un mayorazgo compuesto de la tierra de Anzy, del feudo de La Baudraye y del dominio de La Hantoy, en virtud de cartas patentes fechadas en diciembre de 1828, hubiese compensado las tristezas de Dinah, que se vió reducida á una secreta indigencia hasta el año 1835. El prudente La Baudraye no permitió que su mujer

viviese en Anzy, ni hacer allí la menor reforma, hasta después de pagado el último plazo de su precio. Este ligero bosquejo de la política del primer barón de La Baudraye explica por completo al hombre. Aquellos que conocen las manías de los provincianos habrán reconocido en él la *pasión por la tierra*, pasión devoradora, pasión exclusiva, y que, por una falta de equilibrio entre los intereses hipotecarios y los productos territoriales, ocasiona á veces la ruina. Las gentes que desde 1802 á 1827 se burlaban del pequeño La Baudraye viéndole trotar á Saint-Thibault para ocuparse de sus asuntos con la actividad de un labrador que vive de sus viñas, y aquellos que no comprendían su desprecio por las influencias á que debió sus cargos, abandonados tan pronto como obtenidos, encontraron al fin la solución del enigma, cuando aquel hormiga-león saltó sobre su presa, después de haber esperado el momento oportuno en que las prodigalidades de la duquesa de Manfrigneuse acarrearón la venta de aquella magnífica tierra.

La señora Piedefer se fué á vivir con su hija. Las fortunas reunidas del señor La Baudraye y su suegra, que se había contentado con una renta vitalicia de mil doscientos francos, abandonando á su yerno el dominio de La Hautoy, compusieron una renta visible de unos quince mil francos. Durante los primeros días de su matrimonio, Dinah logró hacer algunas modificaciones que convirtieron La Baudraye en adorable casa: hizo un jardín inglés de un patio inmenso, derribando unas innobles cuadras, y

detrás del palacio, pequeña construcción con torrecillas que no carecía de carácter, construyó un segundo jardín con espesuras, flores y céspedes, y los separó de las viñas por medio de un muro que ocultó bajo multitud de plantas trepadoras. Finalmente, introdujo en la vida interior tantas comodidades como lo permitieron sus exiguas rentas. Para no ser devorado por una joven tan superior como Dinah parecía serlo, el señor de La Baudraye tuvo la buena idea de ocultar á su mujer las adquisiciones que iba haciendo en París. Tanta majestad tiene el silencio, que este profundo secreto acerca de sus intereses dió un no sé qué de misterioso á su carácter y le engrandeció á los ojos de su mujer durante los primeros años de su matrimonio. Los cambios operados en La Baudraye inspiraron un deseo tanto más vivo de ver á la recién casada, que Dinah no quiso mostrarse ni recibir hasta después de haber conquistado todas sus comodidades, estudiado el país, y, sobre todo, al silencioso La Baudraye. Cuando en 1825, durante una hermosa mañana de primavera, se vió en el mallo á la hermosa señora de La Baudraye con un traje de terciopelo azul, y á su madre con otro de terciopelo negro, se promovió en todo Sancerre un gran clamoreo. Aquel porte confirmó la superioridad de aquella joven, educada en la capital del Berry. Recibiendo á aquel fénix berrinés, se temió no decir cosas substanciales, y, como es natural, todo el mundo se esmeró delante de la señora de La Baudraye, que produjo una especie de terror entre la gente femenina. Pero la idea que llegaron á formarse

de la superioridad de esta mujer tomó inmensas proporciones cuando se admiró en el salón de La Baudraye una alfombra que parecía de cachemira, un mobiliario Pompadour, unas cortinas de brocatel en las ventanas, y un jarrón japonés lleno de flores en medio de algunos libros nuevos sobre una mesa redonda; y cuando se vió á la hermosa Dinah ponerse al piano, sin la menor ceremonia, y ejecutar en él las más difíciles piezas. Para que no se apoderase nunca de ella la incuria ni el mal gusto, Dinah había resuelto estar al corriente de las modas y de las menores revoluciones del lujo, manteniendo constante correspondencia con Ana Grossetete, su amiga íntima del colegio de las hermanas Chamarolles. Ana, hija única del recaudador general de Bourges, se había casado, gracias á su fortuna, con el hijo tercero del conde de Fontaine. De suerte que cuando las mujeres iban á La Baudraye, se veían constantemente mortificadas por la prioridad que Dinah supo adquirir en materia de modas, y, por más que hicieron lo que pudieron, se vieron siempre muy por debajo de la baronesa. Si todas estas pequeñeces originaron una maligna envidia en las mujeres de Sancerre, la conversación y el talento de Dinah engendró una verdadera aversión. En su deseo de mantener su inteligencia al nivel del movimiento parisiense, la señora de La Baudraye no sufrió en casa de nadie ni los dichos insubstanciales, ni la tonta galantería, ni las frases vacías, y se negó francamente á contribuir á los chismes y cuentos que constituyen el fondo de la conversación provinciana. Aficionada á hablar de los descu-

brimientos hechos en las ciencias ó en las artes, de poesía y de las obras estrenadas recientemente en los teatros, pareció tener ideas nuevas y originales empleando palabras y frases de moda.

El señor Duret, cura de Sancerre, anciano del antiguo clero francés y hombre de mundo á quien no desagradaba el juego, no se atrevía á entregarse á su pasión en un país tan liberal como Sancerre, y por lo tanto se consideró muy feliz con la llegada de la señora de La Baudraye, con la que se entendió á las mil maravillas. El subprefecto, señor vizconde de Chargebœuf, quedó encantado de encontrar en el salón de la hermosa señora de La Baudraye una especie de oasis que ponía tregua á la vida provinciana. Respecto al señor de Clagny, fiscal de la audiencia, baste saber que su admiración por Dinah lo retuvo constantemente en Sancerre. Este apasionado magistrado rehusó todo ascenso y se puso á amar piadosamente á aquel ángel de gracia y de belleza. Clagny era un hombre alto y seco, de cara patibularia adornada de dos ojos terribles que se movían en oscuras órbitas, rematadas en enormes cejas, y cuya elocencia, muy diferente de su amor, no carecía de malicia. El señor Gravier era un hombrecito regordete que bajo el Imperio cantaba admirablemente una romanza, y que debió á este talento el eminente puesto de pagador general del ejército. Mezclado en grandes intereses en España con ciertos generales en jefe pertenecientes entonces á la oposición, supo sacar partido de estas relaciones parlamentarias cerca del ministro, el cual, por consideración á su perdida posición, le pro-

metió la recaudación de Sancerre y acabó por dejársela comprar. El espíritu tornadizo y el tono de los tiempos del Imperio se había entorpecido en el señor Gravier, el cual no comprendió ó no quiso comprender la diferencia enorme que separó las costumbres de la Restauración de las del Imperio; pero se creía muy superior al señor de Clagny, su indumentaria era de mejor gusto, seguía las modas, se mostraba á veces con chaleco amarillo, pantalón gris y levitas entalladas, y se ponía corbatas de moda, mientras que el fiscal de la audiencia no salía del pantalón, levita y chaleco negros, y frecuentemente raidos.

Estos cuatro personajes fueron los primeros en extasiarse ante la instrucción, el buen gusto y la finura de Dinah, y la proclamaron mujer de elevada inteligencia. Entonces las mujeres se dijeron entre sí:

—La señora de La Baudraye debe burlarse de lo lindo de nosotras.

Esta opinión, más ó menos justa, dió por resultado el impedir que las mujeres fuesen á La Baudraye. Atacada y convencida de pedantismo porque hablaba correctamente, Dinah fué titulada la Safo de Saint-Satur. Todo el mundo acabó por burlarse descaradamente de las pretendidas grandes cualidades de aquella que pasó á ser de este modo la enemiga de los sancerreses. Finalmente, se llegó hasta negar una superioridad, puramente relativa, por otra parte, y que atacaba la ignorancia y no la perdonaba nunca. Cuando todo el mundo es jorobado, la hermosura se convierte en una monstruosidad; así es que Dinah fué considerada como mons-

truosa y peligrosa, y acabó por verse aislada. Asombrada de no ver á las mujeres, á pesar de sus visitas, mas que de muy tarde en tarde y durante escasos minutos, Dinah preguntó la razón de este fenómeno al señor de Clagny.

—Es usted una mujer demasiado superior para que las demás mujeres la quieran, le respondió el fiscal de la audiencia.

El señor Gravier, á quien la pobre abandonada interrogó también, se hizo rogar de un modo atroz para decirle:

—Hermosa señora, no se contenta usted con ser encantadora, sino que tiene usted talento, es usted instruída, está usted al tanto de cuanto se escribe, ama la poesía, es usted música y tiene una conversación sumamente atractiva: ¡las mujeres no perdonan tantas superioridades!

Los hombres dijeron al señor de La Baudraye:

—¡Qué feliz es usted teniendo, como tiene, una mujer superior!

Y él acabó por decir:

—Yo, que tengo una mujer de talento, estoy... etc.

La señora Piedefer, orgullosa de su hija, se permitió también decir cosas de este género:

—Mi hija, que es una mujer de excepcional talento, escribía ayer á la señora de Fontaine tales y tales cosas.

El que conoce el mundo, Francia y París, ¿negará que muchas gentes se han hecho célebres de este modo?

Al cabo de dos años, á fines de 1825, Dinah de La Baudraye fué acusada de no querer recibir más que á hombres, y después se le recri-

minó su alejamiento de las mujeres. Ningún paso suyo, ni aun el más insignificante, dejaba de ser criticado ó desnaturalizado. Después de haber hecho todos los sacrificios que una mujer bien educada podía hacer y de haber puesto cuanto pudo por su parte, la señora de La Baudraye cometió la torpeza de decir á una falsa amiga que fué á deplorar su aislamiento:

—Más vale estar sola que mal acompañada.

Este dicho produjo efectos terribles en Sancerre, y fué más tarde cruelmente modificado contra la Sapho de Saint-Satur, cuando al ver que no tenía sucesión después de cinco años de matrimonio, empezaron á burlarse del raquíco La Baudraye. Para hacer comprender esta broma de provincia, es necesario recordar lo que se decía del baile de Ferrette cuando se afirmaba que era el hombre más valeroso de Europa atreviéndose á andar con sus dos piernas, y cuando se le acusaba también de ponerse plomo en los zapatos para no ser llevado por el viento. El señor de La Baudraye, hombrecito amarillo y casi diáfano, hubiese sido tomado por el baile de Ferrette como el primer hidalgo de su cámara, si este diplomático hubiese sido gran duque de Baden, en lugar de ser su enviado. El señor de La Baudraye, cuyas piernas eran tan delgadas que se ponía pantorrillas postizas por decencia, cuyos muslos parecían el brazo de un hombre bien constituido y cuyo busto se parecía al cuerpo de una langosta, hubiera sido para el baile de Ferrette un halago perpetuo. Ocultaba tan poco sus postizos el raquíco viñero, que al andar hacía girar muchas veces sus pantorrillas sobre la tibia, y

daba las gracias á los que le advertían este ligero descuido. El barón conservó los calzones cortos, las medias de seda y el chaleco negro hasta 1824. Después de su matrimonio empezó á usar pantalones azules y botas con tacones, lo cual fué motivo para que todo Sancerre dijese que había aumentado su estatura en dos pulgadas para llegar á la barba de su mujer. Durante diez años se le vió siempre la misma levitilla verde botella con grandes botones de metal blanco, y una corbata negra que hacía resaltar su rostro enjuto y desmirriado, iluminado por unos ojos de un color gris azulado, penetrantes é inmóviles como los de un gato. Amable y pacífico como todo hombre que somete su vida á un determinado plan de conducta, parecía hacer muy feliz á su mujer fingiendo no contrariarla nunca, la dejaba siempre en el uso de la palabra y se contentaba con obrar con la lentitud y la tenacidad de un insecto.

Adorada por su belleza sin rival, admirada á causa de su talento por los hombres más distinguidos de Sancerre, Dinah alimentó esta admiración con conversaciones que, según se dijo más tarde, llevaba preparadas de antemano. Al verse escuchada con éxtasis, se habituó gradualmente á escucharse á sí propia, se aficionó á perorar y acabó por considerar á sus amigos como otros tantos accidentes de tragedia destinados á obrar y á hablar á gusto de ella. La baronesa se procuró, además, una gran colección de frases y de ideas, ya mediante sus lecturas ó ya asimilándose los pensamientos de sus contertulios, y convirtióse de este modo en una especie de organillo,

cuyos aires comenzaban tan pronto como algún accidente de la conversación le daba cuerda. Ávida de saber (hagámosle esta justicia), Dinah lo leyó todo, hasta libros de medicina, de estadística, de ciencia y de jurisprudencia, pues no sabía en qué emplear las mañanas, después de haber pasado revista á sus flores y de dar órdenes al jardinero. Dotada de una gran memoria y de ese talento que adorna á ciertas mujeres, podía hablar de todo con la lucidez de un estilo estudiado; así es que de Cosne, de la Charité, de Nevers, en la orilla derecha, y de Leré, de Vailly, de Argent, de Blancafort y de Aubigny, en la orilla izquierda, iban para poder conocer á la señora de La Baudraye, como ocurría en Suiza con la señora Stael. Los que no oían más que una sola vez los aires de aquel organillo, se quedaban admirados, y decían de Dinah cosas maravillosas que contribuyeron á aumentar la envidia de las mujeres en diez leguas á la redonda. En la admiración que se inspira existe no sé qué embriaguez moral que no permite que el ídolo sea inaccesible para la crítica. Una atmósfera producida por una constante dilatación nerviosa forma una especie de nimbo, á través del cual se ve el mundo por muy debajo de uno. ¿Cómo explicar de otro modo la perpetua buena fe que preside á tan nuevas representaciones de los mismos efectos, y el continuo desconocimiento del consejo que dan los hijos, tan terribles para sus padres, ó los maridos, tan familiarizados con los inocentes engaños de sus mujeres? El señor de La Baudraye poseía el candor de un hombre que abre el paraguas á las primeras gotas que

caen. Cuando su mujer entablaba la cuestión de la trata de negros ó el mejoramiento de la suerte de los forzados tomaba su gorrita azul y se evadía silenciosamente en la seguridad de poder ir á Saint-Thibault para terminar algún negocio, y volver una hora después cuando la discusión estuviese ya casi decidida. Si no tenía nada que hacer, íbase á pasear por el mallo, donde se descubre el admirable panorama del valle del Loira, y tomaba un baño de aire mientras que su mujer entonaba una sonata de palabras y de dúos de dialéctica. Una vez reputada de mujer excepcional, Dinah quiso dar pruebas visibles de su amor por las creaciones más notables del arte, y se asoció vivamente á las ideas de la escuela romántica, incluyendo dentro de la idea de arte la poesía y la pintura, la literatura y la estatuaria, los muebles y la ópera; así es que se hizo partidaria de todo lo de la Edad media, se instruyó también del mérito de las curiosidades que podían datar del Renacimiento y convirtió á sus fieles contertulios en otros tantos comisionistas. Durante los primeros días de su matrimonio, aprovechando la venta que tuvo lugar en 1824, adquirió el mobiliario de los Rouget en Issoudún y compró hermosísimas cosas en Nivernais y en el alto Loira. A principios de año, ó el día de su santo, sus amigos no dejaban nunca de regalarle algunas curiosidades. Estos caprichos no fueron mal vistos por el señor de La Baudraye, que fingió sacrificar algunos escudos para dar gusto á su mujer, pero que en realidad pensaba ya en su palacio de Anzy. *Estas antigüedades* costaban entonces mucho me-

nos que los muebles modernos. Al cabo de cinco ó seis años, la antesala, el comedor, los dos salones y el gabinete que Dinah se había preparado en el piso bajo de La Baudraye, todo, hasta la caja de la escalera, estaba atestado de obras maestras escogidas en las cuatro provincias vecinas. Estos accesorios, calificados de raros en el país, estaban en armonía con Dinah. Estas maravillas, próximas á estar de moda, herían la imaginación de las gentes presentadas, las cuales esperaban encontrarse con cosas rarísimas, y encontraban sus esperanzas más que satisfechas viendo á través de un mundo de flores aquellas catacumbas de antiguallas dispuestas como en casa del difunto Sommerard, aquel *Old Mortality* de los muebles. Por otra parte, estas rarezas eran otros tantos resortes que en una conversación cualquiera hacían brotar comentarios acerca de Juan Goujón, de Miguel Columb, de Germán Pilón, de Boulle, de Van Huysium, del gran pintor Boucher, del gran escultor en madera Clodion, de las inscripciones venecianas, del tenor italiano Brustolone, de los siglos XIII, XIV, XV, XVI y XVII, de los esmaltes de Bernardo de Palissy, de los de Petitot, de los grabados de Albrecht Durer, y del gótico florido y puro capaz de enloquecer á los ancianos y de entusiasmar á los jóvenes.

Movida por el deseo de modificar Sancerre, la señora de La Baudraye intentó formar allí una sociedad titulada literaria. El presidente de la audiencia, señor Boirouge, que tenía entonces desalquilada una casa con jardín que provenía de la herencia Popinot Chandier, favoreció la

creación de esta sociedad. Este astuto magistrado fué á entenderse con la señora de La Baudraye acerca de los estatutos, quiso ser uno de sus fundadores, y alquiló su casa por quince años á la sociedad literaria. Al segundo año de su fundación se jugaba allí ya al dominó y al billar, se bebía vino cocido, ponches y licores, se dieron algunas cenas y se hicieron bailes de máscaras por Carnaval. La literatura quedó reducida á leer periódicos y á hablar de política y de negocios.

El señor de La Baudraye fué uno de los más asiduos concurrentes á causa de su mujer, según decía él con mucha gracia.

Estos resultados afligieron á aquella mujer superior, la cual renegó de Sancerre y concentró desde entonces en su salón todos los talentos del país. No obstante, á pesar de la buena voluntad de los señores de Chargeboeuf, Gravier, Clagny, el cura Duret, el primero y segundo sustituto de la audiencia, un joven médico y un juez suplente joven, ciegos admiradores todos de Dinah, hubo momentos en que, hastiados de tanto formalismo, aquella reunión se permitió hacer excursiones al dominio de las agradables futilidades que constituyen el fondo de las conversaciones mundanas. El señor Gravier llamó á esto: *pasar de lo grave á lo grato*. El *whist* del cura Duret era una útil diversión en medio de los casi monólogos de la divinidad. Los tres rivales, cansados de mantener su espíritu en constante tensión con las discusiones de *orden más elevado*, pues así calificaban sus conversaciones, y no atreviéndose á demostrar la menor saciedad,